





# Los reflejos y la escarcha

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Ignacio Padilla, *Los reflejos y la escarcha*  
Primera edición: septiembre de 2012

ISBN: 978-xx-xxxx-xxx-x  
Depósito legal: x-xxxxx-2012  
BIC: FYB

© Ignacio Padilla, 2012  
© De la fotografía de solapa: Miguel Oaxaca, 2012  
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2012

Madera 3, 1.º izq. 28004 Madrid  
Teléfono: 915 227 251  
Correo electrónico: [ppespuma@arrakis.es](mailto:ppespuma@arrakis.es)

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

**Ignacio Padilla**

**Los reflejos  
y la escarcha**





## ÍNDICE

### I. REFLEJOS SOLOS

Pesca de rojo y cielo . . . . .	15
Síntomas de un mal patibulario . . . . .	25
Los anacrónicos . . . . .	33
El carcinoma de Siam. . . . .	49
Como un vago tatuaje. . . . .	55
Trampantojo . . . . .	69

### II. SÓLO ESCARCHA

Desiertos tan amargos. . . . .	81
La balada del pollo sin cabeza . . . . .	87
Tristemente la comedia. . . . .	97
Lápidas, círculo sexto. . . . .	103
El año de los gatos amurallados . . . . .	115
Largo sueño de las cifras . . . . .	121

REFERENCIAS. . . . .	129
----------------------	-----



*Para Paco y Rodrigo, mis hermanos.*



It was the curse of mankind that these incongruous faggots were thus bound together—that in the agonized womb of consciousness these polar twins should be continuously struggling. How, then, were they dissociated?

R. L. STEVENSON, *Dr. Jekyll and Mr. Hyde*



**I**  
**REFLEJOS SOLOS**



## PESCA DE ROJO Y CIELO

MADRE SE ESTÁ MURIENDO, dijo ella de repente, y su voz resonó diáfana en el aire, desprovista casi de emoción, ajena a la que veinte años atrás usaba para despertarlo a él desde la litera superior y contarle sueños que rara vez tenían que ver con sus padres, no digamos con la muerte. La vi el martes y ya no pudo reconocerme, añadió, ahora en un tono más severo, convencida ya de que el mejor momento para decir que alguien querido va a morir es cuando menos viene al caso, y cuando el otro no se lo espera. O cuando entendemos que nunca habrá un instante propicio para anunciar algo así, o simplemente porque de pronto el otro nos parece inaceptablemente dichoso, demasiado absorto en pensamientos amables que no logramos descifrar, complacido en la imponencia de un ocaso como aquel, tan nítido que a ella se le vino encima de improviso y necesitó decir algo fatal para no asfixiarse.

Pero ¿asfixiarse de qué, si llevaban tres días inmersos en algo muy parecido a la felicidad? Fue *eso*, se diría

ella más tarde. Fue que la dicha y la belleza también ahogan. A esa hora el mar había adquirido una consistencia vaporosa, como si un ser inmaterial cobijase a las olas para descansarlas de las hostilidades del sol. El cielo, replegado sobre su propio atardecer, mostraba una reticencia cósmica a inundar con su fulgor el embarcadero, la playa, los acantilados, la casa. Desde donde se encontraban todavía era posible creer que nada había cambiado desde la última vez que estuvieron allí. Pensar que la casa en la playa aún les pertenecía, que no estaba ya carcomida por el salitre y el tiempo. Desde allí podían no recordar que ahora, a sus espaldas, se alzaban las tapias despostilladas, y que en el cobertizo de la casa dormitaba el viejo pescador que había accedido a recibirlos por unos días a cambio de una cantidad de dinero que a cualquiera habría parecido exorbitante, pero que para ellos era poca cosa a cambio de sentirse a salvo como hacía años, cuando eran niños y nada más parecía importarles.

Horas antes el mismo anciano les había ayudado a recordar las minucias de la pesca. Les había enseñado cómo preparar los aparejos y les había prodigado las advertencias necesarias para que su escapada al embarcadero no resultase un fiasco. Entre otras cosas les advirtió que los peces ya no picaban como antes, aunque con un poco de suerte lograrían un par de buenas piezas que él mismo estaba dispuesto a cocinar si le financiaban un buen trago. Ellos atendieron con paciencia sus indicaciones, pero cuando al fin le preguntaron si creía posible capturar un pez con los colores de la sangre y el cielo, el viejo los miró como quien mira una aparición. Esos peces no existen, no por aquí, sentenció.

Ahora recordaban que la negativa del pescador les había incomodado. No es que pensarán que su palabra en esos mares fuese ley. Fue más bien la sensación de que el escepticismo del anciano les pareció la coda de una progresión de dudas que venían asediándoles desde que llegaron. Ya no podían negar que su vuelta a la playa tenía algo de ilusorio. La posible inexistencia del prodigioso pez de su infancia ponía en entredicho la dimensión de una alegría que recordaban plena. ¿Lo habrían soñado? ¿Se habrían inventado la común memoria de un pez soberbio hallado en compañía de su padre en las lindes de su niñez? De repente todo, el pez, sus padres y hasta su pasado en la playa, comenzó a desquebrajarse con un crujido apenas perceptible pero suficiente para que por una grieta mínima pudiera escucharse ya la floración de esa amargura que, en los días por seguir, los cercaría hasta estamparlos en la incandescencia de lo irrecuperable.

\* \* \*

La primera noche se desvelaron elucubrando dónde estaría ahora su padre. Recostados en el mismo cuarto donde antes había estado su litera, jugaron a adivinar en qué abismo se habría perdido aquel hombre alguna vez benévolo, o qué lugar último de la memoria lo habría engullido después de su partida intempestiva, una mañana remota que ellos recordaban hoy con un culpable sentimiento de alivio, el mismo que fingieron no sentir aquella vez, cuando su madre, confundida y deshecha, les avisó de que su marido se había ido para siempre. Ese día ninguno de los dos preguntó nada. Escucharon a la madre procurando no mostrar que sabían perfecta-

mente por qué su padre se había marchado. Como sabían también el motivo por el cual, algunos meses antes, el hombre había perdido el entusiasmo por llevarles a la casa de la playa. En aquel lapso su madre no cejó de preguntar las razones para que la familia no volviese al plácido lugar que tanto les había costado adquirir y mantener. Lo preguntaba a todas horas, pero su marido replicaba sólo con afirmaciones vagas y postergaciones mientras evitaba mirar la cara resignada de sus hijos, ahora transformados en dos espigados adolescentes que no sumarían fuerzas con su madre. De común acuerdo se inventaban tareas escolares y distracciones urbanas para no volver a la playa, se sumaban a la reticencia del padre aunque extrañaran de veras la arena menuda, la crecida nocturna de la marea, el naufragio de las tortugas en una rada que tuvieron siempre reservada para ellos y su padre.

Cuando llegaban las tortugas, padre e hijos se levantaban al alba. La madre, declaradamente inepta para andar por esos roquedales del demonio, apenas los sentía desperezarse, desayunar cualquier cosa, salir de puntillas por la puerta trasera. Caminaban primero un buen trecho hasta que la arena terminaba abruptamente en un bastión de rocas que ellos escalaban con la agilidad de exploradores a punto de descubrir un nuevo océano. Bajaban después surcando charcas pobladas de organismos diminutos que el padre les señalaba con su sabiduría de biólogo aficionado. Una a una les explicaba las funciones de aquella fauna insólita, les recitaba sus nombres técnicos, organizaba para sus hijos aquel universo niño mientras ellos tenían la sensación de estar asistiendo al nacimiento del universo, al arranque de una pléyade de organismos de los que su padre era amo y

señor. En menos de una hora podían recorrer la historia íntegra del planeta, asistir a la agitación de seres frágiles y tenaces que huían unos de otros, reproduciéndose y devorándose en el desorden aparente de la charca, un desorden que sin embargo anunciaba la concatenación misteriosa y exacta de la vida.

Ya en la rada se encontraban de frente con las tortugas, y al verlas les parecía que habían dado un salto prodigioso de una era geológica a otra. Era como si los organismos de las charcas hubiesen crecido en una fracción de segundo y ahora estuviesen allí, desovando con la lentitud desconcertada del quelonio. Había que ver a aquellos bichos recludos en caparazones que metros atrás habían sido apenas costras raquílicas. Ante esos castillos palpitantes los niños se sentían más desnudos que nunca. Sólo verlos apretaban la mano del padre, arrobados, un poco temerosos, y se dejaban arrullar de nuevo por la voz paterna que volvía a nombrarlo todo para ellos, esa voz acogedora que al renombrarles el mundo los envolvía en el huevo de una inocencia que prometía durar para siempre.

\* \* \*

Oyó reverberar en las olas el eco de su voz y giró la cabeza para comparar el rostro impasible de su hermano con el que aparecía en la foto que ella llevaba siempre en el bolso: la frente estrecha, la nariz pequeña y un poco femenina, los labios delgados y la barbilla hundida, similar a la de su padre. Esa tarde, por primera vez, su hermano le pareció otro, como si también eso hubiera cambiado sin aviso. Lo vio distinto y le enervó no poder culparlo por haber heredado de su padre la